

Rodrigo Fernández de Ribera y su obra "La Asinaria"

Rodrigo Fernández de Ribera es uno de los escritores españoles que, mereciendo ocupar distinguido puesto entre los literatos de gran valía por las excelentes condiciones de poeta y de prosista que le adornan, aún la fama no ha logrado romper el hielo de la indiferencia del público a causa del imperfecto conocimiento que se tiene de sus principales producciones. Y en este autor es tanto más de lamentar cuanto ni han faltado espléndidos protectores de las letras que han reimpresso algunas de las obras de este hijo de las Musas, como el Marqués de Xerez de los Caballeros y el Sr. D. José María Asensio, ni un laborioso investigador tan docto como entusiasta, el Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua, que haya reunido en interesante opúsculo los datos existentes de la biografía de Fernández de Ribera, dando cuenta también de las obras que brotaron de su pluma, y emitiendo acertados juicios con la serenidad y rectitud de los grandes historiadores, que no oscurece el franco y juvenil entusiasmo que, como aromático perfume, se percibe desde las primeras páginas del curioso folleto.

Pero como esta tibieza del público no debe ser obstáculo para que se divulguen los tesoros que nos legaron esos ingenios tan perseguidos por la desgracia, de ahí nuestro propósito de publicar el hermoso poema *La Asinaria*, que es uno de los mayores timbres de gloria de D. Rodrigo Fernández de Ribera, haciendo antes un resumen de las escasas noticias biográficas que

de él se conservan, y un estudio general de la obra, que pueda contribuir a su más fácil divulgación.

* * *

He aquí los datos biográficos que nos suministra el Sr. Hazadas y la Rúa (1), de cuya obrita los entresacamos:

La partida que existe al folio 144 vuelto del libro 6.º de bautismos de la parroquia de Omnium Sanctorum de Sevilla, nos dice que el jueves 14 de mayo de 1579 fué bautizado RODRIGO, hijo de *Juan de Ribera* y de su mujer doña *Beatriz de Heredia*.

Esta partida no puede dudarse que es la de nuestro autor, a pesar de faltar el apellido Fernández, porque, como comprueba el erudito Sr. Hazañas, en el mismo libro, al folio 253, se halla la de *Francisco*, hermano de Rodrigo, que nació en marzo de 1582 y fué monje agustino a quien su mismo hermano le llama Fray Francisco de Ribera, suprimiendo el Fernández que él usaba, en la dedicatoria de la obrita *Lecciones naturales contra el común descuido de la vida*. (Véase la pág. 6.ª de la obra citada.)

A partir de estas notas ya nada sabemos de los primeros años de este escritor, cómo pasó su infancia, ni dónde adquirió la extensa cultura que revelan sus obras. Es innegable que también viajó mucho, como comprueba la serie de noticias geográficas y de costumbres que se hallan en algunas de sus producciones; pero es imposible hasta ahora poder afirmar si fueron adquiridas anterior o posteriormente a su entrada al servicio del Marqués del Algaba y de Hardales; pues poco amante de ocuparse Rodrigo Fernández de Ribera de cuanto a su persona concernía, es tarea harto difícil allegar otros datos que los que por

(1) Biografía / del poeta sevillano / Rodrigo Fernández de Ribera / y juicio de sus principales obras / por / don Joaquín Hazañas y la Rúa / Licenciado en Derecho Civil y Canónico / y en Filosofía y Letras. / Trabajo premiado por la Real Academia Sevillana / de Buenas Letras en el certamen celebrado / en abril de 1889, / precedido de un prólogo del / Sr. D. Luis Montoto / y Rautenstrauch. / Sevilla. / En la Oficina de D. Carlos de Torres y Daza, Farnesio L. / MDCCCLXXXIX. /

azar se ven consignados en sus obras., Así, al examinar el poema que motiva este trabajo, podemos colegir que el autor era de elevada estatura y bien metido en carnes, pues nos dice hablando de sí mismo y no es lógico suponer que él entonces tratara de desfigurarse:

Lo con mi peso (que aunque propio inmenso
Es el no acostumbrado para un hombre)
Dava a la carne ya en sudor su censo...

(Versos 329 a 331 de *La Asinaria*.)

Siguiendo el trabajo del Sr. Hazañas, vemos que Fernández de Ribera se titula secretario del Marqués de la Algaba y de Hardales cuando tenía treinta años, pues así consta en la portada del poema *Las lágrimas de San Pedro*, publicado en Sevilla en 1609. Esta composición, hecha a imitación de la de Luis Tansillo, está formada de 114 redondillas, en las que campean la naturalidad y la sencillez. “*Las lágrimas de San Pedro* son dignas de Fr. Luis”, dice Gayangos en sus notas a Ticknor.

En 1616 se ve a este poeta figurando entre los que concurren a los certámenes poéticos celebrados en Sevilla con motivo de la beatificación de San Ignacio de Loyola, e igualmente escribe varias composiciones para la justa poética que se verificó en 1616 en honor de la Inmaculada Concepción, cuyo Misterio fué celebrado en la reina del Betis con inusitada pompa. A este certamen concurrieron no solamente los vates sevillanos, sino también varios de otras poblaciones, obteniendo premio Ribera por su canción en alabanza del Príncipe de los Apóstoles y por un soneto escrito en latín.

Del mismo año de 1616 es la impresión hecha en Sevilla, por Alonso Rodríguez Gamarra, de la obrita *Escuadrón humilde levantado a devoción de la Inmaculada Concepción de la Virgen Nuestra Señora*, poema compuesto de cien décimas, avalorado con otras producciones del mismo ingenio y dedicado a Fray Damián de Lugones.

Se ignora cuál fué la causa de que la *Canción al Santo Monte de Granada* aparezca impresa en esta población al año siguiente, aunque no puede dudarse fué escrita en tiempos anteriores, tal

vez en 1610, dado que la dedica Ribera a D. Pedro de Castro y Quiñones, entonces Arzobispo de aquella ciudad, pero que, en dicho año de 1610, pasó a ocupar la sede de Sevilla. En esta canción, compuesta de doscientos cincuenta versos, aunque no exenta de bellezas, se nota preferentemente la influencia que los vicios de la época ejercieron sobre su autor, si bien es de mencionar que, aun en aquellos trozos en que abusa de alusiones mitológicas, nunca llega a oscurecer por completo la frase.

Con diez octavas de estilo gongorino contribuye Ribera al certamen convocado en Toledo, en 1617, con motivo de la traslación de Nuestra Señora del Sagrario a la capilla fundada por D. Bernardo de Sandoval.

En años posteriores, para la justa literaria destinada a conmemorar la canonización de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier, aporta Rodrigo Fernández de Ribera varias poesías firmadas unas con su nombre y otras cubriéndose bajo el de *Toribio Martín, sacristán menor de la Algaba*, obteniendo dos premios. A otro poeta, Juan Antonio de Ibarra, concurrente al mismo certamen, se debe no sólo el descubrimiento del seudónimo, sino las alabanzas más sinceras de las cualidades poéticas y de la modestia del autor de que nos ocupamos, según puede verse en la obrita que con motivo de este certamen publicó Ibarra, titulada *Encomio de los ingenios sevillanos en la fiesta de los Santos Ignacio de Loyola, etc.* (Sevilla, 1623).

Por la misma fecha de la publicación del *Encomio* de Ibarra debió aparecer la primera edición de *Los antojos de mejor vista*, preciosa novela satírica en que Fernández de Ribera confirma la opinión de castizo y hábil escritor en prosa que ya habían formado de él por las dedicatorias de sus obras poéticas. Esta novela la dedicó al Conde de Palma, y en ella supone el autor que habiendo llegado a Sevilla, a la vuelta de un viaje que hizo a Palma, halló en la Giralda un hombre mirando por unos anteojos que poseían la virtud de descubrir las cualidades íntimas de los hombres, y así pudo conocer perfectamente la realidad de la vida a través de la máscara de la conveniencia social. Esta producción, como demuestra el Sr. Hazañas, es sin duda

algo anterior a *El Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara, a la que supera en cualidades de concepción y en fuerza descriptiva.

Aunque obra poética, revela el mismo carácter satírico el *Epitalamio en las bodas de una viejísima viuda dotada en cien ducados y un beodo soldadísimo de Flandes, calvo de nacimiento*. Fué impresa en Sevilla por Luis Estupiñán, en 1625, y está dedicada a su amigo el pintor y poeta Francisco Pacheco, En esta obra, escrita con desenvoltura y gracejo, no obstante que expone varios pasajes de intenso naturalismo, sin embargo el autor se mantiene siempre dentro de los límites del Arte, acatando las leyes de la decencia.

Otra de las obras en que Ribera se muestra más influido del mal gusto es el *Triunfo de la umildad en la vitoria de David*, poema de 113 estrofas, impreso en Sevilla en 1625, y que dedicó a D. Pedro Girón, Marqués de Alcalá. En ella, a pesar del vicio de que adolece su estilo, no dejan de apreciarse bellezas que atenuan ese defecto.

La que lleva por título *Elogio al altar que en onor de sus gloriosos protomartyres del Japón levanto la orden de N. Seraphico P. S. Francisco*, es una canción compuesta de 215 versos e impresa en el mismo año de 1628, en que con tal motivo celebróse solemne fiesta en dicho convento. La dedicó Fernández de Ribera al Provincial Fray Pedro Benítez.

Más digno de loa es Fernández de Ribera por su *Carta a un amigo consolándole en la muerte de su padre* (Sevilla, 1628), dirigida a D. Luis de Cuéllar, según puede verse en el prólogo al *juicio común*, donde el autor, como en la carta, da muestras de sus no vulgares conocimientos sagrados y profanos y confirma las singulares dotes de escritor moralista.

En Antequera, en 1629, se imprimen *Las lecciones naturales contra el común descuido de la vida*, dedicada a D. Alonso Pérez de Guzmán, Patriarca de las Indias. Esta edición la cita el Sr. Cuesta, adicionador de la Biblioteca de Nicolás Antonio; pero D. Cayetano Alberto de la Barrera cita otra del mismo año impresa en Sevilla y dedicada al hermano del autor, Fray Francisco de Ribera. Cuál de las dos ediciones sea la primera es cuestión dudosa y aun imposible de resolver, aunque se tuviesen los ejemplares a la vista, mientras no aparezca algún documento que

pruebe la precedencia de una a otra impresión. Se compone esta obra de doce odas, cada una de las cuales se basa en el ejemplo que nos suministran el gusano de seda, la hormiga, la púrpura, la mariposa, la rémora, la abeja, el mosquito, la salamandra, la luciérnaga, el camaleón, la araña y la perla para darnos una preciosa lección moral. Por la dedicatoria de esta obra a su hermano Francisco, fechada en Sevilla el 18 de mayo de 1629, se conoce el mal estado de salud que aquejaba al poeta.

En 1631 se imprime en Madrid, a costa del librero Alonso Pérez, *El Mesón del Mundo*, previas la censura de Lope de Vega y la aprobación de D. Francisco de Quevedo. Esta novela, donde el autor narra las escenas que presenció en un mesón de cierta ciudad, está dedicada al Marqués de Estepa y es una de esas producciones satírico-sociales que reflejan fidelísimamente las costumbres de la época a que pertenecen, dándonos exacta idea de ella y haciéndonos comprobar que la humanidad es siempre la misma, con la energía de las descripciones y la precisión con que traza y da relieve a los caracteres de los personajes, pero evitando siempre los cuadros subidos de color que se observan en libros análogos. D. Luis Montoto dice así ocupándose de las novelas de este autor: "No son, a decir verdad, superiores *Las Zahurdas de Plutón* o *La visita de los Chistes*, de Quevedo, a *Los anteojos* y *El Mesón*, y, no obstante, ¡cuán diversa ha sido su fortuna! *Los anteojos* revelan la misma intención y acaso superior fuerza imaginativa que *El Diablo Cojuelo* y, a pesar de eso, mientras las prensas multiplican hasta lo infinito los ejemplares de la obra de Vélez de Guevara, cuesta un ojo de la cara dar con uno del libro de Ribera. No aventaja *El lazarillo de Tormes* a *El Mesón del Mundo*, y aquél es un personaje que ha pasado a la categoría de proverbial, y contados son los lectores que en *El Mesón* han entrado." Nos dan también una idea de las cualidades de nuestro autor las siguientes palabras de Lope de Vega, en la censura de esta última obra: "Es admirable en la agudeza, discreto en el estilo y singularmente festivo en la pintura de los sucesos y personas que introduce, igualando la gracia al ingenio, el provecho al gusto y la sentencia al donaire". Y también estas otras de Quevedo: "Son burlas ejemplares y veras entretenidas

escritas con ingenio y estudio, que aseguran lo útil como lo deleitoso”.

Fruto de su pluma fué también la mencionada por Nicolás Antonio, titulada *Esfera poética*, formada por 700 sonetos, que indudablemente no se imprimió y se ha perdido, y *La Asinaria*, que seguidamente analizaremos.

El mal estado de salud de que se lamentaba el poeta en 1629 se fué agravando, hasta el punto que en la última decena del mes de diciembre de 1631 bajó al sepulcro a los cincuenta y dos años de edad, siendo enterrado el día 25 de dicho mes en la iglesia de Omnium Sanctorum de Sevilla, según consta al folio 120 del libro 2.º de defunciones. (Véase la citada obra del señor Hazañas.)

* * *

No es *La Asinaria* una mera imitación de la *Metamorfosis* de Apuleyo, aunque preside en una y otra obra la idea de ser el asno el eje sobre el cual gravita toda la acción; pues en la del escritor latino, como en sus precedentes las griegas de Lucio y Luciano, la transformación es un medio de presentar al desnudo las creencias y vicios de la época, intercalando varios cuentos milenarios y fábulas como la de Psiche, con lo que no consiguieron más que incidir en una polijidad difusa; mientras que en el poema de Fernández de Ribera, al narrar su historia el misterioso asno, que tiene el don de la palabra, expone a la vez tan sanos y prudentes consejos que no los desdeñaría el más docto y experimentado filósofo. Por esto la obra de Ribera difiere también del *Diálogo de los loores y alabanza del Asno*, de Pedro de Mexía, como de *La Burromaquia*, de Nieto de Molina, e igualmente de la *Apología Asnal* inserta en el número 9 del *Apologista Universal*, de las *Memorias de la insigne Academia Asnal*, que escribió D. José Cadalso con el seudónimo de Ballesteros; del *Elogio del jumento*, por Bartolomé de Ayala; del *Asno Erudito*, de Forner, y de la *Apología de los Asnos*, por D. Manuel Lozano Pérez Ramajo, así como de la nueva edición de ésta con múltiples y curiosísimas notas, que lleva por título *El Asno Ilustrado*. Es más, para estas últimas, es fácil que el autor tu-

viese presente, sirviéndole de guía para muchas de sus alabanzas, o al menos conociese, el manuscrito de *La Asinaria*; pues entre las obras que cita, como de autores que se han ocupado de cantar las excelencias del asno, se halla una mencionada por D. Casiano Pellicer, en su *Historia del histrionismo español*, de un manuscrito “en verso español, apologizando al asno” y existente en la entonces llamada Biblioteca Real. (Véase la nota de la página xxxv de la *Apología / de los Asnos / compuesta / en renglones así como versos / por / un Asnólogo aprendiz de poeta / ... Asnópolis / 18229*.) Sentado esto, examinemos los más salientes detalles del singular poema, del que transcribiré algunos pasajes, alterando la ortografía del manuscrito en que se conserva.

Ante todo es digna de consideración la dedicatoria *Al hidalgo pobre gentil hombre de la boca del vulgo, caballero del hábito de la Paciencia*, que tales son las palabras con que la encabeza, y que si el resto de la misma, como el prólogo *al vulgo*, no fuese una sarta hermosa de valiosos pensamientos primorosamente entretejidos, ella por sí misma bastaría para incitar-nos a continuar su lectura.

A la dedicatoria sigue el prólogo al Vulgo, a quien califica de “Hidra de quien no ha podido triunfar humano Alcides”, y del que por la humildad con que se le muestra, a pesar de las ofensas que le ha hecho “espera templar su soberbia”; pero le previene se guarde, pues un Asno “entra hoy por tu república, debajo de quien van encubiertos valerosos avisos”, con lo que nos indica muy claramente cuál sea el fin de la obra, añadiendo que “su intento no es lastimar a alguno particularmente; pero quítese todo el mundo de en medio, que no estará en mi mano pisarlo, siendo todos cuatro pies, y mal podrá remediar el dolor con gritos”.

Y más adelante agrega: “No culpes en él voces, términos y frases, pues lo que hablaba no era justo que fuese de manera que no lo entendieses, y que dejara de hacerlo en tu lengua; pues en adelgazándose ésta, no la entiendes de oscura, y si se engruesa no la admites de humilde”, palabras que parecen ir dirigidas contra los detractores del culteranismo.

En el mismo lugar alude a la obra de Apuleyo, expresando la diferencia entre ésta y la suya: “Dirás que sobre el Oro del Asno de Apuleyo quedará oscura la invención del mío: en todas las edades ha habido asnos, amigo Vulgo, y en aquélla eran conforme a su metal (cuando de los hombres se hacían asnos por su saber que ahora de los asnos se hacen hombres por su soberbia) y en esta de hierro, que es del que por los nuestros (1) gozamos, y en el que había menester quien nace a sufrirte. No me negarás a lo menos que he conseguido el fin de la arrastrada Poesía, pues si ésta es juntar lo dulce con lo provechoso, ¿qué es más dulce cosa que la caballería de un jumento”?

No es menos digno de consideración, por la enseñanza que encierra, el párrafo en que figura mostrar al público el héroe del poema: “De cuatro pies te lo entrego calzado, que son los cuatro yerros sobre que todos empezamos a caminar (y aun acabamos de correr): presunción sin fundamento, esperanza sin fruto, trabajo sin premio, obligación sin causa”.

Si sorprendente es el gran conocimiento de la condición humana, que revela esa alegoría, no menos cautiva al lector el modo como presenta aparejado a tal protagonista, pues le sirve de cincha la razón, de cabestro la confianza y de albarda la paciencia, donde pueden dar las pedradas de las lenguas del vulgo.

Al prólogo sigue, como puede verse, el plan de la obra encerrado en los límites de un soneto, y a éste el canto primero, que el autor inicia al modo de los poemas de Homero y Virgilio. Luego invoca a las ninfas y faunos y a Sileno, para que le defiendan del público:

Defiéndeme también, pues ves que obligo.
Ya contra la opinión del Vulgo errado
Mi Musa pecoral a su castigo.

Uno de los muchos pasajes sobresalientes por la gravedad y altura de los pensamientos, excediendo a la exquisita corrección que campea en el lenguaje, es el en que el poeta describe el ha-

(1) Nótese que aquí el autor se vale de la paronimia.

llazgo del protagonista. Véanse como muestra los siguientes trozos:

Vi no lejos de allí de mi impaciencia
Justa reprehensión en un Borrico
De sucio pelo y singular presencia...

No lo inquietan cuidados de la guerra,
No vicios de la paz tan mal gastada,
No maquinar castigos al que yerra,
No la ambición infame sepultada
En hondo abismo: ni le da el desvío
Del mundo pena, o su furor le agrada.
No cual ximio, que en vano el desvarío
Del rico, siendo él pobre, imitar quiere,
Risa es del pueblo, mofador impío.

Mas nótese con qué ingeniosa manera procura demostrar la posibilidad de que el asno contase su propia historia:

¡Cuántos casos tan ciertos como extraños
El malicioso oído hace mentira
Que causa al escarmiento hartos daños!
El uno apenas de escuchar se admira
Que vuela un buey, volando tantos bueyes,
O porque no los toca o no los mira;
Juzga fábula el otro que las leyes
Fueron menos un tiempo y más guardadas,
Dios la justicia y los jueces reyes...

Curiosa es la presentación que el protagonista, extrañado de que habiendo más asnos que personas el autor no haya oído hablar a ninguno, le hace de las distintas clases sociales, no sin dejar en cada una las huellas del acerado aguijón de su crítica. Así, al llegar a los poetas, a quienes califica de *asnos apolos*, se expresa de este modo:

Poetas son la gente más barata
Que Dios crió, cuyas hinchadas venas
Son siempre más de plomo que la plata;

y de los malos médicos observa que

De éstos quiso llevar el fuerte Aquiles
 A Troya un escuadrón que en menos años
 Vencido hubiera fuerzas más gentiles,
 Con sólo dedos dos, bien tantos daños
 Pudieran ahorrar, bien el caballo
 Monstruo excusar y sus engaños...

y así continúa su pluma, no perdonando a jurisconsultos, filósofos ni teólogos. Sin embargo, aparenta hacer una excepción, que deben tener en cuenta los que puedan formar una biografía completa de Fernández de Ribera, pero es para ridiculizar aún más la administración de justicia, en lo que siempre muestra complacencia; tal vemos en los pasajes siguientes:

Sólo, huésped, no hay asnos escribanos,
 Que los asnos son nobles y no tienen
 Sed jamás del sudor de sus hermanos.

(Canto 2.º)

El viento de sus plumas va limpiando
 Hasta el polvo del suelo, rastro honrado
 De que han pasado, amigo, o van pasando.

(Canto 9.º)

Hízose así que en posesión de rico
 Era tenido ya, y llegó primero,
 Defecto grande en el juez más chico.
 Ya no se guarda, amigo, oído entero
 Para el contrario, ni es posible ahora
 Que ensordece el sonido del dinero.

(Canto 9.º)

Las imperfecciones de la naturaleza humana en la infancia son causa de que el autor trate de mostrar, muy a pesar suyo, la superioridad de la especie asnal. La inferioridad del hombre le hace prorrumpir en estas frases no exentas de novedad:

Que siendo aquesta singular criatura
 Un mundo en cifra, y cifra así perfeta,
 Reina de las demás por su ventura,
 A la necesidad esté sujeta,
 Desde que sale a luz de cosas tantas
 Hasta que para en su ordinaria meta?

Más felices aún por la sencillez y nervio de la expresión son estos tercetos, que, como los anteriores, nos traen a la memoria los de la famosa epístola *A Fabio*:

¡O cuántas veces tienta la Fortuna
 El pescador, a quien la vez primera
 En ocasión se le mostró oportuna,
 Y el labrador novel que vió en la era
 Su primera cosecha bien lograda
 Cuántas intenta, en que lo mismo espera!
 Dos madres del valor tiene engendada
 La Osadía: Razón y Confianza,
 Ésta, o huésped, honrosa, aquélla honrada,
 Nace de la osadía la esperanza,
 Y si ésta pare al buen suceso, amigo,
 Para en temeridad cualquier templanza.

En la descripción de la mascarada hecha en Salamanca con motivo de la provisión de una cátedra nos da a conocer su juicio sobre la Pintura y la Poesía de aquella época:

Yo sobre mí llevaba al joven mío
 Que iba imitando al vivo la Pintura
 De este tiempo en lo tosco y en lo frío.
 El otro en sí, cual dijo, la figura
 De la Poesía llevaba (la adoptiva
 Propia también en no llevar hechura).
 Huyendo de la furia vengativa
 De la ofendida mano la libramos
 De la justicia sin pensarlo esquivá.
 Del peligroso fuego las sacamos
 Al mundo por su mal, pues disolutas
 Hacen más daño ahora que evitamos;

así como sus ideas sobre el falso concepto del honor:

Necio es el animal, que la pegada
 Señal tenaz del palo infame al cuero,
 Piensa borrar con sangre derramada...

sobresaliendo en el mismo canto (3.º) el siguiente prudentísimo consejo:

Librete, amigo, Dios de que embriagarte
 Llegue Fortuna y no darás de boca
 Paz a la tierra, de que viste alzarte...

digno de nota por la profundidad y novedad de que reviste al pensamiento, sin incurrir en las extravagancias o ridiculeces de los conceptistas.

Es también curiosa la definición del amor:

Amor es sangre en almas conformadas.
 En nada se conoce la que es buena
 Como en las elecciones acertadas...

e igualmente las atinadas reflexiones sobre la educación que deben dar los padres, según las aptitudes de los hijos, y nunca obligarlos a aquello para que no sirven, como ocurría a su anterior amo:

¿Por qué entre sutil pluma y tosco arado
 Primero no probó el incauto viejo
 La inclinación del torpe hijo amado?
 ¿Qué va, di, de dar hierro a dar consejo?
 ¿Qué va de una sotana a un aparejo?
 No todos en el mundo aprenden leyes,
 Que tal agricultor más que jurista
 Suele hacer servicios a los reyes.
 Si diputado estaba por campista
 ¿Pór qué a la escuela lo envió? Aprendiera
 Más quizá que en sus cursos de su vista.
 No fuera sólo a que el ejemplo viera
 De otros, que por lo bestia así irritaba
 Que por serlo y en vicios se perdiera.

El viaje a Madrid, descrito a grandes rasgos, pero vigorosamente, proporciona al autor nueva ocasión de esgrimir la sátira contra los cortesanos, notándose pensamientos tan felices como los siguientes:

Mucho estraga el honor, mucho renueva
 Del trabajado espíritu los males,
 ¿Qué piedra ha de medrar que se renueva?
 Hoy entre dos, palacios y hospitales,
 Con los hombres se juega a la pelota,

Siempre en lo vano y en lo inquieto iguales.
De palacios tal vez, huésped, se bota
Tan alta y tan molida que revienta
Y muere a mano de hospitales rota.

Hermoso también es el pasaje en que describe la aparición del tiempo y el viaje aéreo que el asno hace con él, brindándonos provechosas lecciones y agudos conceptos al presentarnos varios tipos de vicios y crímenes sociales; pues ya se ocupa de la avaricia:

Y escapé para dar en mano escasa
De hombre avaro, ladrón de su dinero...

ya de los habladores, a quienes estima hijos de la presunción y del mal gusto; ya de los cuidados que producen los tesoros:

En fin, al menos de este vil cuidado
Volví a perder la libertad, sujeto
Al interés, de su poder cargado...

ya de los suicidas:

Tampoco vi la Peña de Antequera
De que un pariente mío, cual parece
Con una burra se arrojó sincera...

(Canto 7.º)

Que hay asnos de dos pies y rostro alzado,
Que suelen remitir su pesadumbre
Al cordel y la viga, ¡o infelice hado!
Y déjense colgar desde la cumbre,
Y vansen deslizándose por la escala
A do estando entre llamas no ven lumbre.
A aquesta suerte de asnos sólo iguala
La de los que la fruta comen verde
Cara, por ser primera, siendo mala...

(Canto 9.º)

ya de la presunción humana:

Teñir las canas que otro tiempo fueron
Honor y autoridad, porque sin duda
Más los hombres en él los merecieron;

Guisar la barba cuando piensa cruda
 Comérsela la tierra, hacer dos fases
 Una, amigo, agradable, otra sañuda;
 Es quitarle los blancos antifaces
 A la justa venganza por ser cuervos
 Y cisnes no de su saber capaces.
 ¿A quién, di, tonto, servirán tus siervos
 O tus hijos, a un mozo vil o a un viejo?
 ¿O dan vigor las tintas a los niervos?
 ¿Con qué cara, me di, darás consejo,
 Si lo verde del alma es verde oscuro
 En los ojos del alma mozo añejo?

siempre notaremos brillantes rasgos de ingenio salpimentados con ligeros toques de humorismo, que por su originalidad, delicadeza y esmero en la propiedad de las palabras hacen de este poema una de las más excelentes producciones satíricas de la literatura española en el ocaso de su Siglo de Oro.

Los pensamientos que realzan la introducción del canto octavo son causa de que aumente en mí la sospecha de que pudiera ser muy bien la misma pluma que escribió esos tercetos la que trazó los magistrales de la hasta ahora anónima epístola *A Fabio*: tan semejantes son en la gravedad de tono, naturalidad y fluidez de conceptos, palabras y rima, aparte del carácter doctrinal que en ellos se observa:

De la necesidad, bien que bastarda
 Es, caminante, la avaricia hermana,
 Aquélla desperdicia y éste guarda,
 Con ambas se padece, cosa es llana.
 Cuál, amigo, trabaja con pobreza,
 Y cuál también con avaricia afana.
 Aquél procura por su honor riqueza,
 Este dinero busca con cuidado,
 Largueza allí se ve, y aquí escaseza.
 Uno el metal a luz sacó enterrado,
 Otro el que hurtó a la misma luz entierra,
 Triste metal sin culpa maltratado
 Y más triste pobreza, cuando guerra
 Te da tu miserable hermana la avaricia,
 Queriéndote llevar tras sí a la tierra.
 ¡Qué haya llegado a tanto la malicia

En este tiempo, amigo, del avaro
Que la pobreza sólo desperdicia!

Mas si éstos, y otros varios, careciesen de esa semejanza que yo creo encontrar, he aquí unos del canto noveno que guardan bastante analogía de fondo y forma con aquellos célebres *Más precia el ruiseñor su pobre nido*, etc.:

... a la ave regalada
En jaula mira de ébano precioso
Muriendo por romper la delicada
Verja y salir a mendigar el grano
Cubierto casi de la tierra arada.
Mira en el campo el pertináz villano
La encina sacudir con mejor gusto
Que sirve al Rey el noble cortesano.

Más adelante, entre otras sabias enseñanzas, tratando de las exageraciones del pueblo, dice:

Como si la verdad, huésped, se esconde
La mentira se ensancha, con la vista
Siempre poco la lengua corresponde,
Vi, dijo, la alma vil de un coronista
Curioso de estos tiempos, que aun difunto
No hay quien su pluma de veloz resista...

palabras que no sabemos a cuál de sus contemporáneos puedan referirse. Desde luego es de suponer no se distinguiría por su amistad con el autor.

No deben pasarse en silencio las sentidas frases con que supone que el asno lamenta la inesperada muerte de la yegua que le dió el ser, y las que le inspira su recuerdo al pasar por Córdoba; los incidentales relatos del pleito del león y el asno, y de la fábula de Priapo y la ninfa Lotis; el gracioso origen que atribuye a las mulas; la descripción de la lira; el viaje a través de Toledo, la Mancha, Sierra Morena y Córdoba hasta Sevilla, particularmente la vista y nombre de los sitios "La boca de l'asna" y la "Sierra de Gata" le sugieren nuevos motivos de aguda crítica, expresada con tal naturalidad que nos hacen seguir el hilo de la narración sin experimentar cansancio alguno.

¡Con qué ingeniosas comparaciones nos enseña que la paciencia es el único sostén para resistir tantas contrariedades como agitan nuestra vida!

Es el timón de Palma que derecho
Conduce a sano puerto el débil leño
De la vida, en tormentas mil desecho...

Es un huésped piadoso que da cama
A la ciega razón, en que ella vuelve
En sí, y a todas las potencias llama;
Es un sol luminoso que resuelve
Nubes de error, y a cuya luz la muerta
Tierra a la vida con vigor revuelve.

Tan curioso históricamente, como inspirado y sentido, es el final del canto onceno, donde Fernández de Ribera pone de relieve el acto de caridad realizado por los sevillanos en favor de los hijos de los moriscos al cumplir el decreto de expulsión, y que por el vigor del lenguaje contrasta con la suavidad de colorido que ilumina el canto siguiente, sobre todo la descripción del monasterio y de la vida que en él pasa el protagonista:

Aquí estoy, caminante, parecido
Como en la amable paz y mansedumbre
A aquesta santa gente en el vestido,
Aquí de la sabrosa pesadumbre
En bien gastada ociosidad he hecho,
Para pasar con gusto, ya costumbre.

Aquí huyo callado la inclemencia
Del hombre contra el hombre, cosa indina
Del más fiero animal en la presencia.

¡Cuánta sutileza de pensamiento para mostrar las excelencias del asno por las letras que componen sus denominaciones, como iniciales de otras tantas palabras que designan las pruebas de las cualidades que le adornan, y cuánta energía encubre también la alegoría de la verdad y la despedida del protagonista!

Justo es consignar que, a pesar de lo escabroso de algunos

episodios, como la causa de haber sido engendrado asno el héroe del poema, la fábula de Priapo y la ninfa Lotis, el adulterio de la mujer del aguador y otros incidentes más, siempre los salva rindiendo el debido culto a la decencia.

Aunque no ha faltado crítico que juzgue a Fernández de Ribera falto de suficientes facultades poéticas, tal vez porque se haya fijado en algunos trozos de esas obras en que predomina la influencia que en él ejercía el mal gusto reinante, sin embargo de eso, que en este escritor puede considerarse como uno de los pecados más leves, por ser de los vates más inteligibles, no puede llegar a concluirse que lo predominante en él sea el prosaísmo y de aquí negarle cualidades de poeta, deduciendo que sus obras sean meros pasatiempos de versificación. Ciertamente que en ellas no llegan a percibirse grandes rasgos de puro lirismo, porque su musa no es de arrebatados vuelos a menos que la exalten hondos sentimientos particulares: su inspiración es más épica que lírica, por eso prefiere asuntos de exposición narrativa a los de enunciativa, en armonía con las dotes que en él preponderan.

Ya se ha indicado antes que Fernández de Ribera muestra también en *La Asinaria* los efectos del mal gusto reinante, y así es como de ello nos dan suficiente muestra, entre otros, el siguiente pasaje, ya citado por el Sr. Hazañas, en que el autor describe el momento de comenzar la acción del poema:

Era el tiempo, señor, que en el regazo
 De la escaldada tierra se vía Ceres
 Cercana ya al parir, grave embarazo,
 Cuando las confusiones y placeres
 Sobre esperanza verde y rubio fruto
 Luchaban, gente igual en los poderes,
 Y cuando más de algún raudal enjuto
 Mostraba al Sol su sed, y el Sol quería
 Poner el cuerno de oro al indio bruto,
 Términos con la noche dividía
 La luz, y ya subiendo se mostraba
 A gatas por el monte el niño día.
 Vasos ya el prado de esmeralda alzaba,
 En que con labios de oro aljófara beba
 El Sol, a quien la selva saludaba;

Y ya su antiguo albergue a la luz nueva
 Dejaba el ganadero soñoliento,
 A quien la voz del gallo tocó a leva;
 Y yo el desabrigado alojamiento
 De la casa, señor, de un hombre honrado
 (Tal tenga yo el pesar y él su contento).
 Era un santo ventero, que apartado
 Del tráfago del mundo recibía
 Sin interés al peregrino errado...
 (Versos 73 a 96 del canto 1.º)

Y el siguiente trozo en que nos presenta la casa de la Verdad:

Tiene su pobre estancia y abatida
 En las ruinas tristes de una torre,
 Usando allí su oficio con la vida;
 El cielo de sustento la socorre.
 Hase vestido ya, porque al sereno
 Del campo en torno algunas fieras corre.
 De cuerdas tiene el edificio lleno
 Con que solía ligar, cuando se usaban
 Al que más de humildad hallaba ajeno.
 Mil puras fuentes sus cimientos lavan,
 (Que es la Verdad muy limpia) y gruesas vigas
 Una y otra pared con riesgo agravan.
 La mal formada puerta de hortigas
 Pungentes monte desigual sepulta,
 Que pican al entrar como enemigas;
 Yace aquí la Verdad, amigo, oculta
 De la Justicia un tiempo acompañada,
 En la aspereza de estancia inculta;
 Pero hallóla la Verdad preñada
 De Júpiter lascivo en pluma de oro
 Un día, y la expelió de su morada.
 Su peso está en la casa del tesoro,
 Su espada es ya la blanca y verde oliva,
 Vara con fruto, cuyo gusto ignoro.
 Su hija allí Razón la suerte esquivada
 Llorando de su repudio, y su destierro
 Con turbado sentido apenas viva;
 Su hijo el odio de uno y otro yerro,
 Oh vil bastardo, maliciosas redes
 Forja, aguardando su imposible entierro.
 Con candados cerrados, las paredes

Bocas de Perros cubren diferentes,
 Que sustentar solían sus mercedes.
 Los nombres de los dueños insolventes
 Por quien fueron cerradas, esculpidos
 Están en los candados eminentes.
 Interese y Amor (bien conocidos
 Del mundo) dicen unos, y Respeto
 Otros injusto, Dueños bien servidos,
 Descuido, y Temor otros, que sujeto
 Tienen de la verdad con furia esquivada
 El honor en dañoso y cruel secreto.
 No hay hombre que le hable o que le escriba,
 Los deseos la buscan flojamente
 Será milagro que la hallen viva...

(Versos 196 a 240 del canto 13.)

Conviene notar que este ingenio, como su coetáneo Luis Vélez de Guevara (1579-1644), no se puede afiliar rigurosamente entre culteranos, ni entre los conceptistas, porque en sus obras, según ha podido apreciarse por lo últimamente expuesto, se ven francamente las huellas de esas dos llamadas escuelas literarias. Es más, lo que pudiera tacharse de culterano, se halla presentado de tal modo que dista mucho por su claridad de cualquier pasaje de Góngora; y las repetidas muestras de profundidad de sus pensamientos no bastan para incluirle entre los escritores reputados como conceptistas.

Consecuencia de esto es la propiedad y pureza de la frase que brilla en *La Asinaria*, así como la novedad con que presenta numerosos pensamientos frecuentemente expresados en forma vulgar, aun por escritores de fama, e igualmente se advierte que su fina ironía o su acerba sátira nunca llegan a la pesadez, ni al odioso ensañamiento.

Es evidente que entre los 6.295 versos de que consta *La Asinaria*, se hallan algunos de pronunciada dureza, otros forzados, otros defectuosos de rima y algunos también casi ininteligibles por el culteranismo que avasalló a Ribera como a otras tantas personalidades literarias de aquel siglo; pero no lo es menos que si a ratos parece que desmaya la fluidez de expresión pura y castiza que tanto le caracteriza y nos halaga, otras veces, las más de ellas, se cree inagotable el caudal de su vena poética.

Respecto a la ortografía con que el poema aparece en el manuscrito, se nota el uso del apóstrofo, como los italianos, y suprime la *h* donde no se pronuncia, reformas que trataba de implantar el gran Fernando de Herrera; la duplicación de la *s* en algunas palabras, como *desseo*, *huesso*, *passo*, *posseión*, *assí*; la de la *r* después de *n*, tal como en *homrra*; el empleo de la *n*, en vez de la *m*, por ejemplo, *tiempo*, *hombre*; la *qu* en lugar de *c*, así escribe *qual*, *quarto*, *quando*; el uso de la *ç* por la *z*; el de la *z* por la *c*, como en *dezir*, *comenzé*; el de la *g* por la *c*, tal vemos en *reduzga* por *reduzca*; la *v* por la *b* en palabras como *llevara*, *iva*, *devió*, *provó*, *ravia*, *bever*; la *b* por *v* en *buelven*; *i* por *y*, que así se ven escritas las palabras *aiuda*, *oi*, *io*, *suio*, *bueies*; el uso de la *h* en ciertas voces como *hedad*, y el del signo de supresión, para indicar el de la *n*, en palabras como *aquiẽ*, *intẽte*. También se nota la unión de monosílabos, así vemos escrito *talvez*, *ami*, *aque*, *loque*, *queno*, y, a veces, la de éstos a vocablos polisílabos, por ejemplo: *eneste*, *enpoder*, *suatrevimiento*, etc.

Terminada esta descripción y ligero análisis de tan curioso poema, no puedo menos de exponer mis sospechas de que el autor de *La Asinaria* y el de la epístola *A Fabio* puedan ser una misma persona.

No hay duda que al leer una obra inédita y de autor más o menos conocido, si por acaso algunas de sus cualidades literarias tienen un ligero parecido con las de otra producción cuyo autor se desconoce, es natural que se experimente cierta sugestión que nos hace ver y apreciar las remotas semejanzas como identidades. si una y otra y repetidas lecturas y comparaciones no nos hacen desechar el error en que estábamos. Mas cuando se ha leído la obra varias veces, apreciando aquellos trozos en que su autor revela condiciones semejantes a las manifestadas por el anónimo, y se hallan no sólo pensamientos iguales, sino también igualdad de estilos, difícil será que haya quien sostenga que tales obras pertenecen a plumas diferentes. Algo parecido ocurre al examinar detenidamente esta producción de Fernández de Ribera, y ya hemos notado ciertas íntimas semejanzas de algunos pensamientos con los de la inmortal epístola *A Fabio*, expresados con el mismo vigor y tono que caracteriza la preciada joya, y que difieren totalmente no sólo de *La entrega de Larache* de Fernández de

Andrada, a quien sin duda se ha atribuído por algunas de las ingeniosas supercherías del célebre D. Adolfo de Castro, sino que difícilmente se halla parecido más exacto analizando las demás producciones de los autores del mismo período.

Como no hay efecto sin causa debo confesar que la primera sospecha de que Fernández de Ribera y el autor de la famosa epístola puedan ser uno mismo la concebí al leer los siguientes versos del primero, que se hallan en la dedicatoria de su *Canción al Santo Monte*:

Antes que a los umbrales de la vida
Pesadamente llegue
La corva senectud con pie callado
Y en la muerte, Señor, en paz la entregue...

que, a pesar de la variedad de metro, nos recuerdan por su semejanza de pensamiento y estilo el terceto de la celebrada epístola, que dice:

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano
Y a la común materia se la entregue.

Además, y sin parar mientes en el sabor de misantropía que se aprecia tanto en el poema como en la epístola citada, y en las transiciones bruscas que abundan en las dos obras, concurren tres circunstancias favorables en Fernández de Ribera para sospechar que pueda ser el autor de la obra inmortal: 1.^a La de haber nacido en Sevilla, como denota igualmente el autor anónimo; 2.^a, la de haber sido contemporáneo de D. Juan de Fonseca y Figueroa, de D. Juan de Jáuregui y de D. Francisco de Rioja, a alguno de los cuales debió ser dedicada, más bien al último, entre cuyos papeles se halló, y causa de que primeramente se le atribuyera; y 3.^a, y muy especialmente, por distinguirse como escritor moralista.

Por esto, y atendiendo a que sólo un hombre que revela tan profundos conocimientos de la vida humana, como Fernández de Ribera patentiza en *La Asinaria*, es capaz de condensarlos en los estrechos límites de la epístola *A Fabio*, sin perder por

ello el tono sentencioso y vigor de pensamiento y lenguaje que caracteriza a ambas composiciones, si se admiten como axioma las palabras del gran filósofo Sebastián Fox Morcillo: “Por el estilo es fácil conocer la naturaleza y costumbres de cada uno como por su rostro y por su trato”, ínterin no aparezca una prueba más evidente de quién sea el autor de la renombrada epístola, creo que no puede dudarse de que uno de los que pudo trazarla fué el vate moralista D. Rodrigo Fernández de Ribera.

PEDRO LEMUS Y RUBIO.
